

EL PATRIOTA.

PERIODICO POLITICO Y LITERARIO.

A tous les cœurs bien nés que la Patrie est chère !



Este Periódico se publica en la IMPRENTA del UNIVERSAL, y por ahora saldrá á luz los Martes y los Viernes de cada semana. Se reciben suscripciones en la oficina de dicho establecimiento, y en la tienda de D. Juan Gard á real cada ejemplar, llevándolo á las casas de los SS. suscritos.

MONTEVIDEO, MARTES 27 DE MARZO DE 1832. NO. 36

INTERIOR

DOCUMENTOS OFICIALES.

DECRETO.

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES.

Montevideo, Marzo 19 de 1832.

Conviniedo a los intereses del Comercio de la República, y á las relaciones mercantiles que se sostienen con el Imperio del Brasil, que haya en él un Consul general que auxilie y proteja á los subditos de este Estado en los asuntos de su comercio; el Gobierno ha acordado y decretó:—

Art. 1.º Queda nombrado Consul general de la República Oriental en el Imperio del Brasil, el Sr. D. Antonio José de Oliveira Campos.

2.º Por la Cancillería de Relaciones Exteriores, se le expedirá la carta patente que corresponde á su carácter.

3.º El Ministro de negocios extranjeros cuidará de comunicarlo, y hacerlo publicar en el Registro Nacional.

PEREZ.

Santiago Vazquez.

PROYECTO DE LEY.

Presentado por el Sr. Herrera en la Cámara de Senadores el 24 del que rije.

El Senado y Cámara de RR. de la República Oriental del Uruguay, reunidos en Asamblea General tomando en consideración las dudas propuestas para la Comisión Permanente en su informe de 20 de Febrero último, sobre la verdadera inteligencia de los artículos 58 y 81 de la Constitución del Estado, decretan con valor y fuerza de ley:

Art. 1.º La facultad delegada á la Comisión Permanente por el artículo 58 de la Constitución del Estado, para prestar ó rehusar su consentimiento en todos los actos, en que el Poder Ejecutivo lo necesite con arreglo á la Constitución, comprende todos los casos, en que el Poder Ejecutivo lo necesita del Senado.

2.º La facultad delegada al Poder Ejecutivo por el artículo 81 de la Constitución del Estado para iniciar con conocimiento del Senado, y concluir tratados de paz, amistad, alianza y comercio; necesitando para ratificarlos la aprobación de la Asamblea General comprende cualquiera otros que celebre el Poder Ejecutivo con potencias extranjeras.

3.º Comuníquese &c. —Montevideo Marzo 24 de 1832 —Nicolas Herrera.

EL PATRIOTA.

MONTEVIDEO MARTES 27 DE MARZO DE 1832.

Pues una medida suave ha contenido ya el furioso desenfreno de la prensa, y la libertad de escribir ha vuelto á entrar en sus verdaderos límites, es llegada la ocasión de descender al exámen de las causas que han producido la pasada licencia, y de indicar los medios de evitar que en adelante nos aflija semejante plaga. Antes de hacer reflexion alguna de las que nos ocurren, estableceremos un hecho, de que nadie puede dudar en este pueblo, y que por sí solo prueba que el poder represivo de los abusos de aquella libertad, ha sido siempre ineficaz para contenerlos, y

eludido constantemente por los que han querido convertirla en una verdadera licencia. Verdad es que nunca ha sido esta mayor ni mas escandalosa que en los últimos dias; pero no es ménos cierto que los abusos de la libertad de escribir son tan antiguos entre nosotros como ella misma. Esto no nace seguramente de que hayan sido en todo tiempo sufridos con indiferencia los ataques de los escritores inmoderados; léjos de eso, en pocos países son y han sido mas comunes que en este los juicios de imprenta; lo que quiere decir que los agraviados han buscado muy á menudo el desagravio, por el camino que les mostraba la lei. ¿Pero han conseguido algo? Nada, por lo comun; y esta impunidad ha ido poco á poco animando á los mas osados, á terminos de haber llegado la osadía hasta el punto que hemos visto.

Se ha preguntado muchas veces, durante la última guerra de ultrajes y de calumnias impresas: ¿porqué la autoridad pública no mandaba acasar tal y tal escrito? No contestaremos por las autoridades, pero diremos nuestro sentir: tampoco incurriremos en la parcialidad de los que elevaban ese clamor, indicando ciertos papeles, y guardando silencio sobre otros de igual carácter. Las acusaciones últimamente no hubieran producido buen efecto, como no lo han producido casi nunca: la experiencia de innumerables juicios anteriores habia mostrado bien la casi inutilidad de este recurso: se habria logrado tal vez una condenacion; pero est., léjos de cortar el mal, habria causado, en el estado en que las cosas se hallaban, el desagradable efecto de envalentonar mas al partido contrario al del escritor condenado. Los insultos, por parte de los amigos de este, habrian sido mayores despues, incluyendo en ellos á los jueces, y las acusaciones se habrian repetido por momentos, hasta llegar el caso de que no hubiese quien juzgara. Esto es tan práctico, que apelamos al testimonio de todos los señores que componen la lista de insaculables para los juicios de imprenta. ¿No es verdad que la mayor parte de ellos reusan prestar este servicio, cuando la suerte los llama á desempeñar los deberes de jueces? ¿No es verdad que, en todos los casos, han que repetir mil veces el sorteo, por las excusaciones y no comparencia de los primeros designados por la suerte? ¿No es verdad, por último, que esta repugnancia se ha aumentado en esos señores, á medida que los escándalos de la prensa se aumentaban, y que la algazara popular profanaba el lugar de los juicios?

Era natural que así sucediese; por que los hombres pacíficos, que son ac-

cidentalmente llamados á desempeñar una funcion tan augusta, temen pronunciar sus fallos, cuando no es la razon y la justicia, sino el espíritu de partido y la exaltacion, las que han de decidir de la rectitud de aquellos pronunciamientos. ¿Quien no vé, por último, que habria sido algo peligroso promover á cada rato juicios de imprenta en los últimos dias? Cuando decimos algo peligroso, no queremos indicar que aquellas escenas habrian producido grandes trastornos; pero sí que expondrian á tumultos, y aun á desgracias. En el juicio de primera instancia del Sr. Magariños se vió y se oyó lo que todo el mundo sabe; y eso que allí no se trataba de los incendiarios papeles, que tenían agitada á la poblacion en los mismos dias. ¿Que habria sido si se hubiesen multiplicado estos juicios, con motivo de los escritos citados? El solo respeto debido al tribunal es visto ya que no contiene á ciertos hombres de la barra; y allí, unos al lado de otros los mas exaltados partidarios de los dos bandos, ¿á qué no podrian haberse arrojado? Dése á estas reflexiones el valor que se quiera; pero desmientanos alguno cuando aseguramos que apenas se anunciaba un juicio de imprenta en los dias que acaban de pasar, los ciudadanos pacíficos protestaban que no asistirían al acto, y en todas partes no se hablaba de otra cosa mas que de lo que podria suceder.

Fué prudente, pues, á lo que nosotros alcanzamos, economizar las acusaciones en tales circunstancias, y cuando el mal, por otra parte, era tan jeneral y grave, que una ú otra condenacion aislada no le hubiera remediado. Hoy, que ose frenesí pasó, es ya tiempo de tomar todas las precauciones precisas para que no vuelva; y de combinar los medios de que la verdadera libertad de imprenta permanezca incólume y bien garantida, al mismo tiempo que la licencia tema siempre el castigo, y no cuente jamas con la impunidad. ¿Pero que medios son estos se preguntará tal vez? ¿No se ha dicho mil veces que toda lei especial de imprenta es esencialmente insuficiente y viciosa? Es preciso, pues, atenernos á la sola moderacion de los escritores, ó quitar semejante libertad.

Tal modo de raciocinar es inconsiderado, y nace jeneralmente de timidez. Nuestra lei de imprenta necesita una reforma, en la que ya se piensa; y un escritor periódico de bastante mérito, el Universal, ha escrito recientemente muchos artículos sobre esta materia, en los que estan indicadas con tino las que pudieran ser las bases de esa reforma. Nosotros mismos, en nuestros primeros números, hemos tratado exprofeso esta materia, y hemos explicado lo mejor

que hemos podido las doctrinas mas generalmente recibidas, y mas compatibles con la libertad. No queremos reproducirlas por no repetirnos; pero tenemos demasiada confianza en las luces y patriotismo de los representantes del pueblo, para poder dudar de su acierto en la obra que van á emprender. Han pasado las circunstancias que no eran á propósito para ocuparse en la reforma de la lei; el dia de hoy puede hacerse sin precipitacion y con la debida madurez. No resultará, si se quiere, una obra perfecta; ¿que nacion puede lisonjearse de tenerla en esta linea? Pero se hará lo que baste para que los ciudadanos conserven bien garantido un derecho precioso, y para que los jefes auctores no puedan abusar de él sin castigo.

Esto por lo que hace á la lei; pero nuestro propósito actual no es examinar la que hoy nos rige, ni proponer las reformas que creáramos mas convenientes. En las ideas que con este motivo explanásemos, á mas de repetirnos, como lo hemos dicho ya, convendríamos generalmente en los principios que está desenvolviendo actualmente el escritor citado, y fatigaríamos al público haciendo que leyese una misma cosa en dos distintos periódicos. Nuestra intencion es otra; pues nos proponemos demostrar que los enormes abusos de la libertad de escribir, que se han cometido entre nosotros, traen su origen, no tanto de la insuficiencia de la lei, cuanto de que los jurados no han hecho de ella, por lo común, la debida aplicacion, ni se han penetrado bien de lo que es un jurado, ni de las obligaciones que imponen el hecho de serlo. No se ofendan los señores que en distintas ocasiones han desempeñado esta importante funcion: nuestra observacion es jeneral, y á ningun particular se dirige determinadamente. Vamos á inquirir el principal origen de un mal, y debemos indicarlo desde que lo háyamos descubierto; porque sino, estaríamos siempre incurriendo en los mismos errores, y autorizando exesos, mas ó menos graves, pero á los que estamos como habituados. Recorreremos con la mayor brevedad la historia de nuestros juicios de imprenta; y sin otro trabajo que este, demostraremos que los pronunciamientos de los jurados ni han sido arreglados á la lei y la razon en muchas ocasiones; ni puede suponerse en otras que hayan tenido por guia la conciencia del juez, primer elemento que debe influir en el fallo de un jurado; ni han sido uniformes en igualdad de casos; ni han establecido por consiguiente una práctica; ni han producido, por estos mismos defectos, el resultado favorable que debia esperarse de la institucion; favorecer la libertad, al mismo tiempo que se pusiese un freno á la licencia. ¿Qué valdrá la mejor lei de imprenta posible, si los que han de aplicarla no proceden del modo debido, ó por inadvertencia, ó por falta de práctica, ó por otro motivo cualquiera?

Al considerar la cuestion de este modo, tenemos en vista el plausible objeto de cooperar á que los juicios de imprenta sean lo que deben ser en lo sucesivo.

vo: esos tribunales al mismo tiempo que son el principal apoyo del escritor moderado y circunspecto, deben ser la roca incontrastable, en que se estrelle la audacia del licencioso. Pero este artículo y atiene demasiada extension: en otro número volverémos á tomar en consideracion el asunto, partiendo del punto en que le dejamos hoy.

DE LA POBLACION. (Artículo extractado de *le otro autor*.)—Mientras que nosotros nos quejamos en este país de la falta de poblacion, que tan poderosamente influye en el atraso de nuestra agricultura y de nuestra industria; y mientras que se ofrecen á los extranjeros las puertas de estos ricos países; hai escritores célebres en Europa que alzan la voz contra los demasiados progresos de la poblacion en aquella parte del mundo. ¿Deberémos mirar como una circunstancia favorable la soledad de nuestros campos, el abandono de nuestros talleres? ¿No será lícito á una madre mostrar con orgullo á sus hijos, diciendo, como decia Cornelia: estas son mis alhajas, y no deseo otras? Sin embargo, la opinion de un hombre como Mr. Malthus no deja de ser de algun peso: porque no se trata de un misántropo digno de compasion, sino de un observador cuyas lecciones pueden ser útiles y que no ha establecido sus teorías, sino despues de haber reunido pruebas en que fundarlas. Desde la *Aritmética política* de Young hasta el último *Almanak de Gotha*, todo lo ha leído y compulsado. Según la opinion jeneral, es un calculador infatigable, que ha sacado conclusiones ciertas de un gran número de hechos auténticos.

Por grande que sea sin embargo la fuerza de sus argumentos, no creemos que puedan aplicarse al país en que vivimos. Nuestra sociedad está todavía en la niñez, y no nos es dado saber cuando podremos saltar el espacio inmenso que nos separa de la edad madura. Mas á pesar de esto, nos importa conocer las causas que pueden influir en nuestros destinos futuros, y para ello, examinar desde temprano una de las cuestiones mas interesantes de la economía política. Colocados en una situacion enteramente opuesta á la de las naciones del continente europeo, quizás hallarémos motivos de esperanzas en las mismas páginas destinadas á inspirar terrores, aprovechándonos de las faltas ajenas, para acelerar los progresos de nuestra civilizacion. Si se nos pudiera probar que las medidas tomadas para aumentar la raza humana son otros tantos errores peligrosos, incurriríamos de buena gana en ellos, y contaríamos de ahora en adelante con el desarrollo de nuestras propias fuerzas. Nos lisonjearíamos entonces con la idea de no necesitar de manos estrañas para cultivar nuestros campos, y sabríamos que la ventura que nos reserva el porvenir seria exclusivamente obra de la familia de que somos miembros.

Pocas obras modernas han recibido una acogida mas favorable que el *Ensayo sobre la poblacion*, por Mr. Malthus, publicado á principios del siglo, y seis

veces reproducido por la imprenta, triunfando de todos los ataques, aumentando continuamente el número de sus prosélitos. Ha fundado una escuela, á la cual pertenecen los hombres que mas se distinguen en Europa por su patriotismo y por su instruccion. Ellos han sancionado la nueva doctrina con el prestigio de sus nombres, y de su autoridad; y de resultados de esto, la mayor parte de los que la siguen la han adoptado, sin haberse tomado el trabajo de profundizarla. Es necesario confesar que las circunstancias en que se hallaba la Europa, contribuyeron en gran manera al éxito de la obra. Las saturaciones de la revolucion francesa, la actitud amenazadora de los pueblos contra los gobiernos, y sobre todo, los progresos espantosos de la miseria, en el seno de la industria y de la opulencia de la Gran Bretaña, habian dado origen á la opinion de que la y dicha el reposo de un pueblo son incompatibles con un movimiento demasiado rápido en la reproduccion de sus habitantes; pero nadie se habia arrevilado á pronunciar este fallo terrible: los hombres están interesados bajo todos aspectos en disminuir los efectos de su fecundidad. Estas palabras, no obstante el siniestro sentido que encierran, arrastraron el convencimiento jeneral, y si hubo quien protestase contra algunas de las máximas del economista inglés, estos ataques parciales no hicieron perjuicio al crédito de su sistema. Sacudieron el árbol sin estirpar sus raíces. Las doctrinas de Mr. Malthus conservaron tanto favor, que en una sesion de la cámara de los Comunes en 1819, el hombre mas elocuente de Inglaterra, despues de haber dicho que el exeso de la poblacion era una de las causas de los desastres que afligian aquel país, añadió: "que la facultad de propagarse en la especie humana debia mirarse como el azote mas terrible de las sociedades modernas." Estas expresiones son evidentemente fruto de una lectura precipitada del *Ensayo sobre la poblacion*. ¿Quien sino Mr. Malthus hubiera podido inspirar tanto horror contra los hombres, al que no cesa de alzar la voz en favor de la humanidad? Mr. Brougham no hubiera caído en tan manifiesta contradiccion, si hubiera reflexionado que los principios en que se funda esta en oposicion manifiesta con las leyes de la naturaleza, y con el testimonio de la historia. Su único apoyo son los resultados estadísticos de los Estados Unidos de Norte América, y algunos renglones aventurados por Franklin, en un ensayo que publicó en 1731, bajo el título *Observaciones sobre el aumento de la especie humana, y el modo en que se pueblan los países*. El joven filósofo, que á la sazón tenia 25 años, sostuvo en aquel escrito que "si el globo se viese privado de casi todos sus habitantes, podría repoblarse en el espacio de pocas generaciones, por una sola nacion; por ejemplo, la Inglaterra." Si no hubiéramos hecho mencion de la juventud del autor, seria facil adivinarla, al ver la poca sensatez de esta opinion.

No es necesario ser un gran fisiologista para saber que el hombre no es el mas prolífico de todos los animales. Sea por

Sr. Editor del *Patriota*

Mientras otros se han desencadenado con un diluvio de versos, para infamarse mutuamente, un hijo de Montevideo, cediendo á mis instancias, ha puesto en castellano la primera oda del libro primero de Horacio. Me parece que V. se dignará darle un lugar en su periódico, honrando este ensayo con sus observaciones, las cuales aseguro á V. que serán recibidas por el traductor (por mas severas que sean) con el mayor gusto; pues este es el medio de conocer y enmendar los yerros, y de adelantar en la literatura. Al mismo tiempo invitamos á los amantes de las musas á ensayarse en la traduccion de los bellos modelos de la poesia latina, lo cual tendria una feliz influencia en nuestra naciente literatura: y así no quedarán sin ejercicio las bellas disposiciones poéticas que en algunos hemos traslucido, lastimándonos del mal uso que en estos dias han hecho de su jenio versificante.— B. L. M. de V.

Un suscriptor.

ODA PRIMERA DE HORACIO.

A Mecénas.

A cada uno arrastran sus inclinaciones,
y Horacio no anhela mas que con-
seguir el renombre de poeta lírico"

Mecénas ilustre,
De reyes nacido.
Mi dulce decoro,
Mi amparo y asilo:
Hombres hai que gustan
Dirijir activos
Del sonante carro
El rápido jiro;
De olímpico polvo
Entre torbellinos,
La barrera evitan
Al eje encendido;
Y la noble palma
Del triunfo obtenido
Eleva sus nombres
Al par del Olimpo.
Unos ambicionan
Honores subidos,
Y el aura versátil
De un pueblo rendido:
Otros en sus trojes

Tener reunido
De la fértil Libia
El dorado trigo.

Aquel es dichoso

Arando tranquilo

Del paterno pródigo

El valle sombrío;

Ni de Atalo el oro

Pudiera inducirlo

En la cipria nave

A correr peligros.

El ávido nauta

Que oye confundido

De mares y vientos

El choque y los silvos,

Recuerda con pena

El ocio y retiro,

Y grata abundancia

Del suelo nativo:

Mas ¡ay! que en la playa

Carena el navio,

Y á basear fortuna

Torna con delirio.

El que ama las copas

Del Mático vino,

Pasa en dulces horas

El dia festivo;

O ya el verde arbusto

que la mano que ha prodigado la vida á los insectos la ha distribuido con reserva á los seres mayores: sea por que la imperfeccion de nuestra naturaleza sirve de barrera á la facultad procreativa; sea, en fin, por el gran número de principios desorganizadores que conspiran contra nuestra existencia, lo cierto es que en la especie humana esa decantada tendencia á la propagacion no existe sino en un pequeño número de casos, que deben mirarse como excepciones de la regla jeneral y del orden comun.

Por donde quiera que fijemos la vista no hallaremos mas que vestigios de las grandes naciones, que no han hecho mas que pasar por la tierra. ¿Donde están los imperios de los Asirios, de los Medas y de los Babilonios? ¿Donde esas ciudades populosas, que ostentaban sus maravillas á las márgenes del Eufrates, del Tigris, y del Hidáspes? ¿Que ha quedado de la grandeza de Semiramis y de Cambises; de las conquistas de Sesóstris, de Ciro, de Jérges y de Alejandro? La historia nos ha transmitido tan solo un rumor confuso de sus hazañas, y apenas el viajero puede descubrir las huellas de su poder, bajo el polvo que cubre las ruinas de Ecbatane, de Méfis, de Babilonia, y de Tébas.

Montesquieu, que ha tratado esta cuestion con toda la superioridad de su talento, lejos de asustarse al considerar el aumento de la especie humana, deploraba su disminucion. Observaba síntomas de decadencia en ese Norte de Europa, que tantos hombres lanzó al Medio-área en tiempo de los romanos, y solo veía selvas y llanuras de arena en aquellas regiones, cura de los bárbaros bajo cuyo peso se aniquiló el mayor imperio del mundo. Ignoramos los medios que elevaron aquellas tribus á tan alto grado de prosperidad. Esta parte de la historia está aun cercada de tinieblas; pero sabemos el esmero con que los antiguos legisladores ayudaban á la naturaleza en la grande obra de la reproduccion humana. En los tiempos de la república romana, era obligacion de los censores promover los matrimonios con castigos y recompensas. César y Augusto promulgaron leyes muy severas contra el celibato: probablemente imitaron en esto á los espartanos, entre los cuales era una dignidad la condicion de padre de familia. Licurgo los habia acostumbrado á mirar el enlace conyugal como una obligacion sagrada, y, segun Plutarco, su código castigaba con la pena de infamia al soltero. Búrlase cuanto quiera J. B. S. y de estas medidas: ¿de que servirán otras mas eficaces, si fuese cierto que á todos los hombres interesa, bajo todos aspectos, disminuir los efectos de su fecundidad?

Como quiera que sea, aquellos reglamentos prueban que la despoblacion no es una calamidad reciente, sino que cuenta siglos de existencia. Tito Livio, Plutarco, y Estrabon se quejan de la que observaban en sus tiempos. Nuestra historia podria ademas suministrar nuevas pruebas contra los imaginarios progresos de la poblacion. Desde el descubrimiento de Colon han pasado tres siglos, sin que se eche de ver en ninguna parte del mundo un aumento

excesivo de la especie humana. Las Casas, en su *Destruccion de los Indios*, asegura que en su tiempo los hombres eran tan numerosos en la América Meridional, como las hormigas en un hormiguero. Quizá se apoyaron Montesquieu y Montesquieu en el testimonio de aquel inmortal filántropo, para calcular la poblacion de este continente, en la época de su descubrimiento, á lo ménos en 400 millones de habitantes.

No es ahora ocasion de combatir esta hipótesis, de cuya exactitud no pueden alegarse pruebas convincentes. Es verdad que teniamos el imperio teocrático de los Incas, el de Motezuma, y la república floreciente de Tlascala; pero si se exceptuan el Perú, Méjico, y algunos estados mas allá del Orinoco, todo el resto de América estaba ocupado por tribus aisladas, sin establecimiento fijo, y que vivian privadas del orden social, bajo la autoridad de sus caciques. Nuestras llanuras intactas, nuestros bosques que cuentan siglos de existencia, depone en favor de esta opinion. Mas por exagerados que sean los cálculos de los que sostienen la contraria, es indudable que muchas partes de América poseían los elementos de poblacion, que hubieran podido fecundarse, en despecho de todos los obstáculos que les oponia el gobierno absurdo y ridículo de los virreyes españoles: por que si, como dice Mr. Malthus, los hombres solo se multiplican á la sombra de las instituciones liberales, ¿de donde viene que los rusos y los turcos inundan las calles chinas, de Pekin, de Moscou, y de Constantinopla? Los pueblos de América estaban sin duda privados de los beneficios de la libertad: nuestros antepasados jermían en la esclavitud; pero en el mismo caso se halla el musulman á las orillas del Bósforo. Aquellos tenían ademas las ventajas de una atmósfera pura, de un suelo fértil, y estaban al abrigo de un sin número de accidentes que conspiran contra nuestra raza. Apesar de esto, todos los estados de América sufren la misma calamidad: en todos ellos faltan brazos para la agricultura, y para los trabajos industriales. Seguramente Mr. Malthus no hablaba con nosotros, cuando recomendaba con tanto empeño que se disminuyesen los efectos de la fecundidad.

Pero, ¿serános lícito á lo ménos esperar que, que al cabo de 25 años, doblará nuestra poblacion, como el mismo asegura que há sucedido en la América del Norte, por el solo efecto de la procreacion? ¿Será cierto como sostiene otro autor, que en algunos puntos del mismo pais solo se han necesitado 20, 15, y aun 12 años, para obtener los mismos resultados, sin que la emigracion haya contribuido á ellos, sino en una pequesísima parte? ¿Podremos admitir, siguiendo el dictámen del mismo Malthus, que los medios de subsistencia no se multiplican jamas tanto como los hombres, pues estos siguen en su aumento una progresion aritmética, y aquellos una jeométrica?

Nos ocuparemos de estas graves cuestiones en otro artículo.

Le ofrece en estío
De fragantes hojas
Parasol florido,
O en mullida alfombra
De césped tendido,
Contempla beodo
El sagrado río.
Los acampamentos
Placen á infinitos,
Y de las trompetas
El ronco sonido;
Y la guerra, y Marte
En sangre teñido,
A las tiernas madres
De odioso prestigio,
Sufrir la intemperie
Cazador activo,
Y en su afán olvida
La esposa y los hijos:
Ora, si sus fieles
Lebreles han visto
La tímida cierva
Por entre los riscos,
Ora si los lazos,
Con duro colmillo,
El cerroso bruto
Rompe enfurecido.
Mas yo solamente
A la yedra aspiro,
De las doctas frentes
Noble distintivo;
Y á los sacros dioses
Igual me imagino,
Si en la fresca selva
Las auras respiro.
Satiros y ninfas
Con fáciles jiros
Del vulgo me apartan
En dulce deliquio:
Pues la Lésbia lira,
El tesoro mio,
Euterpe y Polimnia
Templar han querido:
Y si tú, Mecénas,
Si mi tierno amigo
Del lírico lauro
Me contempla digno,
Con tan alta gloria
Ufano y erguido,
Tocará mi frente
Los astros divinos.

Traducida en Montevideo por Cid
Fragueiro Fonseca.

Horacio es el príncipe de los líricos latinos, y las obras que mas le han granjeado la inmortalidad, son sin duda los cuatro libros de sus odas. Con ellas, como lo dice el mismo en la última del libro tercero, levantó á su fama

....monumentum aere perennius,
Regalique situ pyramidum altius.

Las lenguas modernas han procurado enriquecerse con este tesoro: pero ¿cómo traducir (decía el humanista Malte Brun), ¿cómo traducir á un poeta, que toma sucesivamente el vuelo del águila y el de la abeja, que ya es el ministro del rayo, y ya liba á miel de las flores? ¿A un poeta, que pasa cada instante de las graves meditaciones de la mas alta filosofía á las travesuras de una agradable licencia; que nos traslada del voluptuoso gabinete de su querida á las llanuras ensangrentadas de Filipina, y de la festiva mesa de Mecénas á la cima inhabitada de los Alpes? ¿A un escritor, que, dueño de tantos objetos diferentes, sabe dar á cada uno el estilo que le conviene, y doblegar su lengua, todavía novicia y rebelde, á tantos jiros audaces y nuevos? ¿A un

poeta, en fin, que raro en sus sátiras, elegante, sencillo y gracioso en sus epístolas, recorre con maestría todas las cuerdas de la lira, y que, igual á Píndaro por sus figuras atrevidas, á Safo por sus frases animadas, á Anacreonte por sus imágenes graciosas, creó además el lenguaje de la oda filosófica, de que los griegos no le habían dejado modelo alguno? Este Protéo literario es Horacio.

D. Javier Burgos, que copia las citadas palabras de Malte Brun, en su prólogo á la traducción de los cuatro libros líricos de Horacio, emprendió sin embargo esta difícilísima obra, y quiso darnos en versos castellanos todas las transformaciones de este Protéo. Sin duda alguna el S. Burgos era muy apto para acometer esta empresa, si se le considera como un perfecto conocedor de las bellezas de su original: este conocimiento se prueba muy bien por las notas que ha puesto al pie de la traducción de cada una de las odas. Pero para traducir al poeta Venusino, era necesario participar en gran parte de su variadísimo jenio, y tomar todas las formas con la misma facilidad con que él las toma. No ha podido hacer esto el S. Burgos: ciento tres odas con tienen los cuatro libros de los versos, y diez y siete el libro del *Epodon*; todas ellas han sido traducidas por aquel literato español, pero en casi todas ellas ha quedado á una distancia inmensa de su modelo. Lo que tiene de peor, á lo que nosotros alcanzamos, el trabajo de Burgos, es la dureza de la versificación, y su escasísima armonía. No es este el lugar de hacer la crítica de esta traducción: ella está ya hecha, y muy juiciosamente, en uno de los tomos del *Repertorio americano*, y á él remitimos á los aficionados á la literatura.

Otros muchos poetas españoles de todas épocas han traducido varias odas del lírico latino, con mas ó menos acierto. Modernamente, entre las poesías sueltas del célebre cómico Moratin, se encuentran muchas traducciones de Horacio, y algunas muy felices: ni hai poeta, que haya pulsado medianamente la lira, sin tributar esta especie de culto á quien dió con ella tanta gloria á las Musas latinas.

Así es que nos ha sido sumamente grato ver que un hijo de Montevideo se haya atrevido á luchar contra las dificultades de esta empresa, y que haya salido bastante airoso, en la traducción de la oda primera del primer libro. No es ella, ni con mucho, de las mejores de Horacio, pero es suya al cabo, y no deja por lo mismo de tener algunas bellezas: su asunto, si no es trivial, tampoco es elevado; pero se notan en ella facilidad y elegancia, dotes que tambien se descubren en el traductor. El lenguaje de este es bastante poético, fluido y fácil, como el carácter de esta oda lo requiere.

El ávido nauta
Que oye confundido
De mares y vientos
El choque y los silvos,

es, por ejemplo, una estrofa muy linda. Sentimos que el *multos castra juvant* haya sido traducido así:

Los acampamentos
Placen á infinitos.

Esta última expresión hace muy poca gracia la frase; y la estrofa que inmediatamente sigue;

Y la guerra, y Marte
En sangre teñido,
A las tiernas madres
De odioso prestigio,

es una ampliación que destruye el agradable efecto de esta expresión enérgica, pero sencillísima: *belique matribus Detestata*. Tampoco habríamos querido ver en la traducción: *carena el navio*; las voces técnicas rarísima vez vienen bien en la oda.

Pero esta traducción es buena, y poetas de nombre han traducido peor la misma obra: una ú otra imagen del original no está en español con igual energía, precisión y verdad: ¿pero quien puede sujetar las lenguas modernas á las construcciones de la latina; y cuanto habrá crecido la dificultad del traductor, por haber escogido versos tan cortos como los de cinco sílabas?

Hemos dicho lo que nos ha parecido conveniente sobre la obrita que se nos ha remitido por un suscriptor; y esperamos que el público disimulará la extensión de este artículo. Nosotros damos mucha importancia á todo lo que dice relación á nuestra literatura naciente, y creemos que todo amante del país debe darla tambien. Añadiremos ahora que, pues hemos publicado esta traducción, tambien daremos á luz, en nuestros números posteriores, algunas que nosotros hemos hecho de una ú otra oda de Horacio, y rogamos á los inteligentes que las juzguen y critiquen.

SE RIFA.

Con superior Permiso de la Policía.

UNA Comoda con escritorio y estante de última moda, un alfiler de brillantes; dos cuadros con relojes, un reloj de bronce con una fuente figurando agua, una licorera de cristal, y un chal hermoso de merino; á 2 reales el número, en la calle de San Felipe n.º 88 existen las alhajas y se venden los números.

ma. 27—

Para Buenos Ayres.

SALDRA en toda esta semana el nuevo y muy velero Bergantin Goleta sarda *Delfino* Victorioso, su capitán Augustin Dall Oro; admite algun flete á precios muy equitativos. Los SS. que gusten aprovecharse de esta oportunidad se servirán ocurrir con la mayor brevedad á casa de sus consignatarios Guirrtanner y Tornquist, calle de San Carlos n.º 133.

mar. 27—

SE FLETA.

PARA cualesquiera puerto del Brasil, el nuevo y muy velero Bergantin Goleta brasileiro *Maria Rosa*, su capitán Sebastian Teixeira Cavaleiros, de porte de 67 toneladas, forrado y clavado en cobre; es buque de una marcha superior y muy recomendable por todos estilos. Los SS. que gusten fletarlo, se servirán ocurrir con la mayor brevedad á casa de sus consignatarios Guirrtanner y Tornquist calle de San Carlos No. 133.

mar. 27—

Maiz en grano y sal de la Isla de Mayo.

SE halla de venta una partida de maiz en grano de superior calidad, en barricas, en lotes al gusto de los compradores.

Yguualmente una partida de sal de la Isla de Mayo á bordo del Bergantin Goleta hamburgues recién llegado á este puerto.

Por uno y otro ocurrirán á casa de Guirrtanner y Tornquist, calle de San Carlos No. 133.

mar. 27—

Para Pay-sandú y Saito.

SALDRA á últimos de esta semana la acreditada y velera balandra nacional VIJIANTE su patron Miguel Baldraco; admite carga y pasajeros para dichos puntos: el que se interese ocurra á casa de D. Pablo Nin, ó su patron aborrido.

mar. 27—